

EL CONDE JUSTICIERO

Era en tiempos del feudalismo, cuando había señores de pendón y caldera, horca y cuchillo, que habitaban en castillos roqueros, palacios y fortalezas a la vez; verdaderos reyezuelos de camarcas más o menos extensas.

El castillo de D. Diego, o del conde D. Diego mejor dicho, era fortísimo y muy amplio y hermoso. Su torre del homenaje era tan alta que se veía desde diez leguas a la redonda. Tenía fama la inmensa cámara o salón de aquel castillo, adornado con una chimenea de madera tallada, de colosales proporciones, y tan bella que no la había igual en todo el reino, ni aun en los vecinos.

El conde D. Diego había hecho varias guerras contra los moros, de las que trajo reputación, cautivos, ricas telas y una espada primorosa que fue de uno de los sarracenos a quienes dio muerte. Pero después, y durante muchos años, ya no salió del castillo; a la falda del cerro que servía de gigantesco pedestal a su palacio, corría un río, y en este río se criaban grandes y muy substanciosos gansos. D. Diego se aficionó a la carne de ganso, y no quería otro manjar, para cenar devoraba medio ganso. Esta fue la causa de su perdición; porque una noche se le atragantó un hueso de ganso, y se puso en trance de muerte. Acudieron todos los servidores y el capellán; por desdicha no había médico, y un escudero que por haber corrido mundo y estado en muchas guerras entendía algo de arte de curar, hizo entonces de cirujano; colocó al conde en un taburete, junto a la chimenea de madera tallada, y para facilitarle que arrojara el hueso, le descargó repetidos

y tremendos puñetazos en la espalda; entre el hueso y los puñetazos, entre el ansia del ahogo y el coraje de verse tratado de aquella manera, D. Diego moriase por la posta. El capellán cogió un crucifijo, y poniéndolo delante de los ojos del caballero, le gritaba:

—Señor conde, señor conde, arrepentíos de vuestros pecados, haced un acto de contrición.

Don Diego, amaratado, haciendo un esfuerzo de verdadera desesperación, dijo:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Su hijo no estaba en el castillo, sino en el monte vecino cazando jabalíes. Salió a escape un escudero, a ver si el hijo llegaba a tiempo. Pero el otro escudero no lo consintió, porque, observando que el conde no arrojaba el hueso, apeló al supremo esfuerzo de su arte, que fue descargar tan terrible puñetazo en las espaldas de D. Diego, que al punto expiró.

Armóse camorra entre los circunstantes. Decían los más que el conde no había muerto ahogado por el hueso del ganso, sino triturados los suyos por los puñetazos del escudero. El mayordomo mandó que el escudero fuese metido en la mazmorra del castillo hasta que llegara el nuevo conde, del cual se esperaba que la primera providencia que tomaría, sería ordenar que ahorcasen al fementido cirujano. Entre tanto prepararon las exequias del difunto, colocando el cadáver entre cirios muy altos, sobre un paño negro, y poniéndole a los pies las banderas que había ganado a los sarracenos.

Llegó el nuevo conde, y aunque mozo fornido y ya guerrero de fama, lloró mucho; porque quería de veras a su padre. Enterado de lo que había ocurrido, gritó:

—¡Que ahorquen inmediatamente a ese bellaco!

Salieron de la cámara dos mesnaderos a cumplir la orden; pero a los pocos momentos el conde se arrepintió, tuvo lástima del escudero y remordimientos de que fuese aquella providencia una espantosa injusticia. Si el escudero había sido culpable, justo que muriera en la horca; pero si no, ¡qué barbaridad mandarlo ejecutar! Salió él de la cámara, y en la galería encontró a los mesnaderos que llevaban al escudero al patíbulo. Mandó que lo soltasen, y que se hicieran averiguaciones muy detenidas acerca del suceso.

El escudero se hincó de rodillas, besó la mano del conde, y le dijo:

—Gracias, señor, por haberme salvado la vida, y ahora que me has hecho esta merced, te pido otra: concédeme una audiencia particular y reservada, porque quiero revelarte un gran secreto.

Accedió el conde, y con el escudero fuese a una cámara muy apartada, donde tomó asiento en un taburete, y el escudero de pie, junto a él, le dijo:

—Es muy grave el secreto que he de revelarte, y te aviso que no es nada conveniente para mí su revelación; porque en cuanto te la haga, tengo por seguro que has de volverme a mandar poner en la horca, y esta vez sin remedio.

El conde lo miró con asombro.

—Sí, conde ilustre; no te niego que, aprovechándome de las circunstancias, descargué sobre tu padre tan tremendo puñetazo, que ha debido contribuir, más que el hueso del ganso, a sacarle de este mundo.

—¡Bellaco!—gritó el conde.—¡A la horca! ¡A la horca!

—Sí, es mi lugar—dijo compungido el escudero;—pero nada se opone a que me oigas un momento antes de que yo dé volteretas colgado de la picota.

—Habla, pero pronto y sin circunloquios.

—Pues allá va. Debo decirte, ilustrísimo conde, y toma estas palabras mías como las de un hombre próximo a la muerte y que no engaña, que tú no eres el conde legítimo de esta tierra y castillo. Tu abuelo era un escudero como yo lo soy ahora. Fue con el conde a la cruzada, y por aventuras y lances que no hay para qué referir, asesinó a su señor, y lo suplantó, y volvió, después de muchos años, a esta tierra, diciendo que era él el conde, y lo creyeron; y no fue esto lo peor, sino que al hijo del conde lo dejó abandonado por esos mundos, y a su propio hijo, que ha sido tu padre, hizo reconocer por legítimo heredero y sucesor del condado.

—Mientes, mal nacido, villano—rugió el conde.

—Registra en el archivo, y allí encontrarás las pruebas de cuanto te digo.

—¿Qué pruebas?

—La declaración de tu abuelo y la declaración de tu padre.

—Y ¿cómo a mí no me llamó mi padre, y me descubrió esas infamias?

—Estaba resuelto a descubriértelas; pero lo iba difiriendo de día en día; no se abandonan tan fácilmente un condado y tantas riquezas. Por eso le cobré yo tanto odio, y he cometido el crimen de que me acuso, y por el que merezco la muerte.

—Pero tú, ¿qué tienes que ver en esta historia?

—¿Yo?—exclamó el escudero mirando fijamente al conde.—¡Yo soy el verdadero y legítimo conde! Yo soy el nieto de aquel infortunado señor a quien tu abuelo asesinó villanamente; el hijo de aquel a quien tu abuelo abandonó por esos mundos! Tu padre me prometió reconocer mis derechos; pero me rogó que difiriese mi

pretensión, quería tomarse tiempo, y así se pasaban los días; cuando estaba en peligro de muerte, te llamaba con ansia. Creo firmemente que era para contártelo todo, y para que me reconocieses por tu señor y dueño; pero a mí me cegó la rabia que me consumía, y de un puñetazo despaché al otro mundo al hijo del asesino de mi abuelo y del usurpador de mi padre. Ea, ya lo sabes todo; ahora vete al archivo, y en el armario primero de la derecha busca un pergamino arrollado y sujeto con una cinta verde; léelo, allí están las pruebas de lo que te he dicho. Estúdialas, y después haz lo que te aconseje tu conciencia: o reconóceme conde soberano de esta tierra, y tú serás mi primer caballero, o mándame ahorcar. Lo que gustes; para las dos cosas hay razón suficiente.

El conde tenía la vista fija en el suelo, y levantándola, dijo con gran serenidad:

—Voy al archivo, veré ese pergamino, y te juro que he de hacerte justicia. Entre tanto espérame aquí.

Dos horas tardó en volver el conde. Cuando volvió, el escudero, mirándole con insolencia, gritó:

—¿Qué has resuelto?

—Voy a decírtelo. La historia que me has referido es exacta. El condado será tuyo. Yo no quiero nada que no sea mío. Mañana serás reconocido conde soberano de esta tierra. Entre tanto, yo voy a hacer mi último acto de soberano, y te lo notifico. Como poseedor del condado, aunque injusto, de buena fe, debo justicia a Dios y a mis vasallos, y el primer deber que la justicia me impone es castigar a los criminales. De suerte que tú, asesino convicto y confeso de mi padre, serás....

—¿Qué?—exclamó angustiado el escudero.

—Ahorcado dentro de media hora. Aprovechate de este tiempo para ponerte bien con Dios y para designar el heredero que ha de entrar mañana en posesión del condado.

El escudero se echó al suelo, y pedía perdón.

El conde le volvió la espalda.

Y a la media hora, el cuerpo del escudero pendía de la picota dando volteretas en el aire.

A la mañana siguiente el conde reunió a los sacerdotes, caballeros, jueces y regidores de la tierra, y les contó todo lo que había sucedido, enseñándoles los documentos que acreditaban la verdad del extraño relato. El verdadero conde y señor vuestro, es el sobrino del escudero que acaba de expiar su crimen en la horca. Yo no quiero nada de nadie. Desde este momento él es el conde, y les enseñó al niño en quien recaía el condado por ley de sucesión, y él mismo gritó:

—¡Viva el conde nuestro señor!

Todos admiraron la sabiduría, serenidad y desinterés de aquel joven que así restituía una cosa tan buena como un condado, y usurpada hacía tanto tiempo. Pidiéronle que se quedase en la tierra, y a porfía ofrecíanle todos sus casas. Pero él no quiso aceptar sino un caballo y una armadura y los servicios de un escudero que le tenía mucho cariño. Con su caballo, su lanza y su escudero, fuése el que ya no era conde camino de Tierra Santa, y jamás se ha vuelto a saber de él.

ANGEL SALCEDO



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

